



LIV

Fuga y maldición.

LA señora Schwitzer había terminado todos los escritos referentes á las disposiciones posteriores á su partida, y no obstante, no se resolvía á marchar. Cierta que iba enviando por delante de ella algunos equipajes; pero lo realizaba con tal lentitud, que parecía dominada por una fuerza oculta, la cual la tuviese encadenada á Italia.

Así como había trabajado con verdadera fiebre para terminar sus preparativos, así ahora que los había concluído sentía la gravedad del paso que intentaba dar, y toda la angustiada tristeza de tener que renunciar á una empresa por la cual todo lo había sacrificado.

¡Misterios del corazón humano!

No se equivocaría en su fallo quien quisiese explicar tal diferencia de sentimientos al observar que mientras nuestra heroína del feminismo ultimaba sus disposiciones por escrito, encontraba en semejante ocupación un desahogo al despecho que la roía al verse tratada con tanta ingratitud por el público italiano y vencida por la *Alianza*.

Con esta espina en el corazón, y no queriendo buscar alivio comunicando á alguien su secreto, sentíase cada vez más per-

pleja é irresoluta, aplazando para hoy y para mañana, con los más variados pretextos, la última resolución, ó sea el fijar la fecha de su partida, no sin hacerse la ilusión de cuando en cuando de que quizá algún inopinado incidente viniese á mudar la faz de las cosas y á darle la solución para rehacerse del quebranto.

No hay que decir las penas que experimentaba la pobre señora Schwitzer en tal estado de incertidumbre, especialmente debiendo vivir retirada y oculta, como un capitán que ha perdido la batalla decisiva, y no puede resolverse ni á recoger las avanzadas del ejército derrotado y á retórnar al combate, ni á dejar el mando y apelar á la fuga.

En tal situación de ánimo llegó para ella el día de Navidad, encontrándose con las maletas preparadas, pero sin que hubiese fijado aún el día de la partida...

Aquella mañana estaba la Schwitzer precisamente en la habitacioncita que le servía de cuarto de vestir, colocando en las maletas sus vestidos y pensando con melancolía en su próximo viaje, cuando de la callejuela inmediata llegaron hasta sus oídos los gritos de un vendedor de periódicos que pregonaba un extraordinario, anunciando sucesos importantes.

Se acercó á la ventana para oír mejor, y entonces oyó distintamente: *El crimen de esta noche. La Presidenta y la Secretaria de la Alianza, agredidas. Una mujer asesinada. Segunda edición.* Lanza un grito de espanto la alemana, exclamando: «*Um Sottes Willen! ¡Entsztlich!*» (Cielo santo... Es horrible); toma el sombrero, corre por la calle, compra un periódico, vuelve á subir, y lee temblando como una caña la narración completa de lo ocurrido.

Al recordar el último coloquio con la comadrona, y la infame propuesta de entrar en la conjura con los anarquistas, adivina en seguida á los autores del atentado, y sintiéndose comprometida de verse envuelta en las declaraciones del proceso de

homicidio, como invadida por el terror y el espanto, no piensa más que en precipitar su fuga. Consultadas las guías de ferrocarriles y viendo que había un tren de lujo para Génova, Ventimiglia, Niza y Cannes, que partía por la tarde, se resuelve en el acto á emprender este trayecto, queriendo descender en Montecarlo, para reposar allí algunos días, haciendo conocimiento con la alta sociedad internacional. Con esto se proponía, además, calmarse de la extraordinaria agitación de aquellos terribles días.

Dicho y hecho. Escribe en el acto una carta á su administrador, en la cual le expone que debiendo partir aquel mismo día, y no queriendo molestarle en el día de Navidad, le enviaba por el correo sus disposiciones autógrafas, autorizándole para ejecutarlas, y reservándose indicarle después su nueva residencia, adonde debería dirigirse la correspondencia.

Hizo un pliego con la carta y con los documentos, y esforzándose en vencer y disimular su enorme agitación, corrió á correos y lo certificó para que no sufriese extravío.

Estando siempre con el temor de que la policía no le echase los ojos encima en las pocas horas que aún se veía obligada á permanecer en Italia; cada minuto le parecía un siglo. En las oficinas de la *Liga* no se dejó ver, si bien tuvo que volver á casa, pero permaneció oculta en ella, por temor de demostrar en público su turbación y su miedo.

Una hora antes de la partida estaba ya en el restaurant de la Estación, donde apenas probó bocado. Cuando la locomotora, después de lanzar los agudos silbidos de partida, se movió majestuosamente por la vía, pareció á nuestra presidenta de la *Liga* que volvía á la vida, y para solemnizar su liberación, ella que sólo fumaba cigarrillos, encendió un habano auténtico y bebió un par de copas de coñac.

A medida que el tren devoraba el camino, alejándose del punto de partida, se alejaba también del peligro y del centro de la

Liga feminista, donde la Schwitzer había gastado todo su genio, toda su energía y todos sus cuartos para crear una gran institución de importancia nacional y mundial, y ahora la pobre mujer se iba para siempre con la certeza fatal de que su obra estaba condenada á perecer irremisiblemente. La infeliz ex-presidenta sentía renacer en su corazón todos los sentimientos de dolor, de rabia y de desesperación que el atentado de la noche precedente habían calmado.

Y cuanto más volaba el tren, tanto mayores eran en ella estos sentimientos. A pesar de los esfuerzos que hacía para distraerse, no podía arrancarlos de su mente; de tal modo estaban fijos en ella.

Por último, cuando estuvo próxima á pasar la frontera, con la evidencia de que el ideal, el sol de su vida se ponía para siempre, no podremos explicar la situación de su ánimo, más que parangonándole con el dolor que experimentó Aníbal en el acto en que se vió obligado á abandonar á Italia.

Después de haber vivido durante varios años siempre entre los ejércitos y en medio de los enemigos, el gran capitán cartaginés se vió precisado á partir, sin que sus famosas victorias hubiesen realizado el sueño de toda su vida, esto es, subyugar al pueblo romano. A medida que la nave se aleja, crece el dolor y más viva se hace la angustia de su corazón desesperado. De pronto se vuelve á mirar el *bel paese* que huye delante de sus ojos, hasta que, vencido por la emoción, prorrumpe en acusaciones contra muchos de sus hombres, en maldiciones contra sí mismo, por no haber conducido el ejército, desde la victoria de Cannas á la conquista de Roma. Nunca, nadie, —añade el historiador romano,—estuvo más triste al abandonar la patria para ir al destierro, de lo que se mostró Aníbal al dejar la tierra enemiga para retornar á la patria.

En semejante disposición de ánimo se encontraba la famosa alemana, capitana generala por elección propia del feminismo

italiano, cuando llegó en plena noche á Ventimiglia, al verse ya en vísperas de abandonar la frontera italiana, para no repasarla más, conforme al juramento que había hecho. Entonces sintió todo el peso de su inmensa desventura, y no pudiendo dominar ni disimular la tempestad de afectos encontrados que se agitaban en su corazón para sustraerse á las miradas de algunos ingleses y americanos con quienes viajaba, se retiró al lugar más oscuro del vagón, donde tenía la seguridad de no ser molestada por nadie, en el momento de atravesar el límite que separa á Italia de Francia.

Al llegar á él abrió la ventanilla, para recibir de la fresca brisa nocturna algún alivio á su agitación y pasar inadvertida la línea fronteriza.

Por fin llegó al punto de paso, viendo los faroles encendidos, los aduaneros franceses y el tren pasó el arroyo frontero. Entonces sintió como si una mano de hierro la apretase el corazón, y en la fantasía, excitada por la gran agitación que experimentaba, imaginóse ver á las mujeres italianas desplegadas en las fronteras en actitud de rechazar á su libertadora para caer de nuevo en la barbarie y en la superstición. Por lo cual vencida como Aníbal de la angustia por tanta ingratitud, oprimida por el dolor de su genio despreciado, de su ideal traicionado, pero moralmente más elevada que él, se inclinó fuera de la ventanilla como si quisiera lanzarse en las tinieblas, apretó los puños, y de pronto los abrió agitándolos en el vacío, cual si tuviese en ellos los rayos del cielo y los arrojara contra sus enemigas, gritando con voz profética, aunque cubierta por el rumor del tren: *¡Du Italien, sei verflucht!* (¡Oh, Italia, maldita seas!)

Y cerró con furia la portezuela, como si temiese que por ella volviese á entrar la maldición. Luego corrió á su rincón para buscar unas horas de reposo de que tenía gran necesidad, tras las largas vigiliás de la noche precedente y de la agitación de aquella triste Navidad; por más que este día tan solemne no tu-

viese para ella un significado diferente que el de otro cualquiera día del año.

Soñando le pareció ver que toda Italia quedaba atónita por su partida, y que una diputación nacional, había venido hasta los confines de la frontera para suplicarla que retornase, y que entonces ella ponía como condición un plebiscito con los millones de votos y la supresión de la *Alianza nacional*.

La noche siguiente la señora Schwitzer se presentaba en el casino de Montecarlo donde perdía á la ruleta una suma respetable.



LV

Un año después.

ERA la segunda fiesta de la Natividad. Después de haber asistido aquella mañana á una misa celebrada en el *Albergue* de las operarias en sufragio del alma de Giannina, la Condesa é Ida, con su fiel Giorgina, habían ido al caer la tarde al camposanto á rezar sobre el sepulcro de aquella pobre doméstica, que un año antes se había sacrificado por su ama, afrontando la muerte con heroísmo.

Cumplido tan noble acto de piedad y de reconocimiento cristiano, rodeadas de la paz profunda, que el misterio de los muertos esparce en torno suyo, la Condesa quiso aprovechar aquella coyuntura tan conforme con la disposición de su ánimo, para entregarse con Ida á uno de estos coloquios íntimos, en que tanto la una como la otra gozaban indeciblemente, coloquios en que solían tratar ambas las cuestiones más vitales y arduas de la *Alianza* antes de someterlas á la discusión y deliberación del Consejo directivo.

Dejó, por tanto, á Giorgina en el cementerio rezando por su inolvidable amiga, con orden de que se encontrase al paso de su carruaje para volver á la ciudad, y cogiendo á Ida por el brazo, salió con ella del camposanto, diciendo:

—Ven por aquí unos momentos...! ¡Qué hermoso día! Go-

ceamos de esta última hora de sol y aprovechémosla para dar un paseo y hablar de nuestros asuntos.

—¡Con mucho gusto! Yo misma iba á proponérselo. No sólo los pulmones, sino hasta el alma respira más libremente en esta soledad, especialmente después de una visita á los muertos... ¡Pobre Giannina! Ya hace un año...

Y se interrumpió para contener la emoción. La Condesa añadió:

—Dichosa ella que ha muerto mártir de la fidelidad por quien la salvó de la perdición. Ella está en el cielo y ruega por nosotras, que aún pasamos por las tribulaciones de la vida.

—Yo siempre me recomiendo á ella.

—Y se ve que te protege desde el Paraíso, como te ha defendido desde la tierra.

—¡A costa de su vida! ¡Cuánto heroísmo en una pobre aldeana!

—¡Y cuánta perversidad en su asesina...! Hasta después de su condena ha continuado en manifestarse inocente, jurando y blasfemando como un demonio.

—Roguemos al Señor para que le toque en el corazón. Mientras hay vida hay posibilidad de arrepentirse y de salvarse.

El Señor tenga misericordia de esa mujer. ¡Cuántos crímenes se descubrieron en su proceso... Si la guardia no la defiende el pueblo la hubiera linchado. Esperemos, pues. El peor pecado de todos es la obstinación. Pero más que por esta mujer, siento mayor compasión por la Schwitzer, que ha muerto sin poder hacer siquiera un acto de contrición, en aquel famoso *raid* de automóviles de Niza.

—¡Desgraciada! No le faltaba más que meterse á *chauffeur*. Hermoso feminismo el que ella soñaba para Italia. Acaso sea cierto lo que han dicho los periódicos, manifestando que fué á buscar la muerte porque había perdido toda su fortuna en el juego.

—De todas maneras causa espanto pensar en ello. ¡Cuántas catástrofes en un año!

—El aniversario de Giannina nos hace evocar el pasado.

—¡Así es! ¿No has pensado tú que todos aquellos que nos han combatido, resultan actualmente desaparecidos de su campo?

—Muchas veces lo he pensado también. Mi colega Fiocchetti, á causa del proceso de la Trecoppe, se vió obligado á salir del servicio telegráfico. Y menos mal que la cosa no ha pasado de aquí.

—Y tu colega la Fioroni ha abandonado los estudios para transformarse en amazona de circo.

—¡Qué locura! La más afortunada ha sido aquella vieja embaucadora, que desapareció en compañía de su criada antes de que la justicia fuera á su casa. Si llegan á apoderarse de ella, ¡quién sabe los escándalos que se habrían descubierto!

—¡Cuánta podredumbre! A medida que resulta más perfumado en la superficie, el mundo moderno, mayor es la descomposición que se descubre en su interior.

—Así se ha visto en el proceso de la comadrona.

—Nada más que en parte, porque sus cómplices permanecen libres. Los mayores bribones no están en presidio, sino que pasean en libertad y tal vez frecuentan y brillan en los salones más aristocráticos.

—Eso dijo la comadrona en el proceso.

—Pero después se ha desdecido. Se trataba seguramente de Brandini. ¿Te acuerdas?

—Sí, sí... Por lo demás la maestra ó directora de la casa de la comadrona, que había huído, fué descubierta en la frontera de Suiza y fué condenada á doce años de reclusión por su viaje nocturno en bicicleta. ¡Quién se lo hubiese dicho antes de entrar en la aventura! El examen de las dos famosas bicicletas,

demonstró que habían sido las mismas cuyas huellas estaban marcadas en las inmediaciones del *Albergue*.

—Ya ves que los inventos modernos que tantas veces sirven para hacer mal, esta vez han resultado muy útiles á la justicia. La fotografía instantánea de la comadrona, con la cruz al pecho ha constituido una prueba irrefutable del delito.

—Y mientras tanto nuestra *Alianza* va de triunfo en triunfo. Las adhesiones son cada día más numerosas y yo espero cerrar el año con un millón de socias más que el anterior.

—Demos gracias al cielo. Con la buena estación nos instalaremos en el nuevo edificio y entonces se podrá dar nuevo incremento á la Sociedad.

—¿Y las dos *Alianzas* continuarán como antes y con la misma presidencia, no es cierto?

—Qué se yo. Me parece demasiado trabajo para una sola persona. Entre las dos, yo preferiría á la primogénita; pero, ¿quién les dice semejante cosa á las señoras que constituyen la segunda? Si renuncio á una es como si declarase la guerra civil entre ambas.

—Usted es nuestra Papisa. Y como el Papa es pastor de todo el mundo y al propio tiempo Obispo de Roma, del mismo modo la presidenta de la *Alianza nacional* debe estar á la cabeza de la *Alianza local* en la ciudad donde reside.

—Ya veo que me estás adulando. Pero te arrepentirás cuando veas que no se puede repicar y andar en la procesión, y que tú, como secretaria, tendrás que cargar con el exceso de trabajo.

—Eso no me asusta. Hasta ahora las cosas han marchado con velas desplegadas, y en el porvenir también iremos viento en popa. En la actualidad la *Alianza* camina como sobre ruedas, mientras la *Liga* si no ha muerto, está moribunda.

—Ciertamente, yo presumía que la profesora Lisardi, encargada de dirigirla después de la fuga de la Schwitzer y ayudada por Brandini, iba á infundirle un poco de vida; pero al contrario...

—Están ya en liquidación y tratan de transformar *La Liga feminista* en una federación socialista femenina. Así las avanzadas de los ejércitos dispersos entran en las filas del socialismo, y por tanto Brandini puede jactarse de haber salvado la cabra y los cabritillos á expensas de la pobre Schwitzer.

—Buen provecho les haga. Son tal para cual. Nosotras en tanto continuaremos destruyéndoles el juego. A decir verdad, vivimos en tiempo de tanta confusión, la lucha entre las viejas ideas y los hechos nuevos es tan encarnizada, que es muy difícil seguir el camino rectamente.

—Si el Señor no le hubiese otorgado á usted el don de mantenerse siempre en el justo medio entre el mundo viejo y el mundo nuevo, para salvar la fe antigua con los métodos modernos, hoy no sería la *Alianza* la más potente institución nacional y la *Liga* se mantendría á la cabeza del feminismo italiano.

—Verdaderamente la Providencia nos ha favorecido hasta ahora de un modo singular, casi estoy por decir maravilloso. Cuando reflexiono en las dificultades superadas, en las luchas sostenidas, en las victorias alcanzadas y en el desarrollo gigantesco, prodigioso de nuestra empresa, comenzada bajo tan modestos auspicios, siento mi corazón lleno de reconocimiento á la Divina bondad y digo: ¡Aquí se vé el dedo de Dios! Luego si recuerdo las circunstancias de nuestro primer encuentro y la protección visible con que el Señor te ha librado de tantos peligros, insidias y traiciones no puedo menos de ver lo mismo.

—Ah, sí, señora Condesa, yo también siento que el brazo de Dios es quien nos lleva, sostiene y defiende. Bendito y alabado sea.

—Y nos asista para no dañar su obra.

—Esta es para mí,—dijo Ida sonriendo—que tengo el encargo de vigilarla.

—Bajo la dirección y con el concurso de la presidenta—añadió en el propio tono la Condesa.—Y después continuó:

—Me has hecho perder el hilo del discurso. Pues quise decir... que después de tantas pruebas de la Divina protección ahora sería tiempo de tener mayor fe en Dios para... para dar un paso atrevido... aunque necesario en mi opinión.

Miró Ida á su protectora con ojos penetrantes, replicando:

—Aunque sea atrevido, se debe dar ese paso, si usted lo juzga necesario. ¡El Señor estará con nosotras!

—Mira, hija mía, cómo están las cosas. Entre los medios humanos de que se ha servido la Providencia para bendecir nuestra obra, yo pongo en primer lugar los errores de nuestros enemigos y las condiciones políticas del país. Y al hablar de los enemigos no aludo solamente, ni siquiera principalmente, al feminismo de la señora Schwitzer, que siempre ha laborado por la propia ruina y en nuestra ventaja; sino á los partidos anticlericales y subversivos, los cuales, cuando tuvieron el Gobierno en su mano antes del presente Ministerio, hicieron lo imposible por hacerse odiosos al país y provocar una reacción formidable contra su insensato despotismo. Cuando después quisieron profanar la familia, la verdadera Italia los mandó con cajas destempladas. Para nosotras fué aquella una ocasión de oro. Si no hubiéramos utilizado la agitación contra el divorcio para conquistar el país, la *Alianza nacional* ó estaría sin formarse ó apenas empezaría á nacer.

—Pero se necesitaba su valor para mezclarse en la contienda. ¡Qué lucha gigantesca! Y qué victoria tan ruidosa.

—Que hubiera resultado un fuego de paja, si no nos hubiéramos aprovechado de ella para constituir una obra estable de organización general..

—A la que se debe la salvación de la mujer italiana y por lo mismo la de la familia y la de la sociedad.

—Despacio, querida, no exageremos. Para restaurar la familia y la sociedad, se necesitan los hombres, y éstos están todavía muy lejos de pensar como nosotras.

—Pero con la autoridad educativa de la mujer, en el ejercicio de la maternidad social y la acción indirecta en la vida práctica...

—Lo sé, lo sé y lo digo siempre; pero esta es una teoría a largo plazo y se quiere trabajar para el momento. Me explicaré: El actual Ministerio continúa haciendo lo que puede para roturar el terreno. Nuestro Terziglio, nos ayuda; si no hubiera sido por él tú habrías ido á Cerdeña. Pero ni Terziglio ni sus colegas pueden abolir las leyes anticlericales votadas, bajo el precedente Ministerio. Es el suyo un Gobierno de concentración ó de paso, que se apoya en una pequeña mayoría parlamentaria, constituida de partes no homogéneas y por lo mismo fácil de disgregarse. Así han permanecido en vigor las leyes jacobinas contra las congregaciones religiosas, contra la propiedad eclesiástica y contra la instrucción religiosa en las escuelas; en la práctica se ha tratado de atenuar la ejecución conforme al dicho: «Hecha la ley, hecha la trampa...» Pero....

—Sí, los daños son enormes; yo no sé cómo y cuándo se pondrá remedio á ellos.

—Y lo peor es que si el remedio no viene pronto y radicalmente, se cae de nuevo en la boca del lobo.

—¡Dios nos libre de ello!

—¿No sabes que estamos en la víspera de las elecciones generales?

—Sí, y también sé que deberán resultar según nuestros deseos.

—Aquí está el busilis. No puede realizarse más que uno de estos tres casos: ó prevalece la liga anticlerical de la masonería, del radicalismo y del socialismo, ó permanece dueña del campo la presente mayoría del Gobierno; ó bien éste se transforma con la exclusión de las partes heterogéneas, en un gran partido nacional, que lleve al Gobierno un programa semejante al que

hemos seguido nosotras con tanta fortuna para la organización de las mujeres.

—Yo estoy por el tercero.

—Y yo temo al segundo.

—También yo, y semejante temor me parece precisamente una razón más para no temer al tercero.

—¿Cómo quieres sostener un partido que no existe?

—Deberá salir de las urnas.

—Y armado de todas armas como Minerva de la cabeza de Júpiter.

—Quiero decir que deberá salir victorioso de las urnas; claro es que para vencer hay que combatir, y para combatir es preciso existir.

—Pero, ¿quién le da el ser y la vida? En Italia, como en casi todas partes, la democracia política, con la preponderancia de las cuestiones económicas y sociales, va ganando siempre terreno; así es que los partidos que no se acomodan al propio programa, están destinados á perecer. Pues bien, la presente mayoría parlamentaria es refractaria á emprender este camino, no pudiendo, sin disgregarse, renunciar al apoyo del grupo liberal moderado, que aunque se llame democrático, es contrario de hecho á la democracia. Por esto, el partido del Gobierno se hace de día en día más impopular; y esta es la razón por que yo temo que sea derrotado por la liga anticlerical, y quisiera, como te decía, su transformación en un partido nacional, con programa más popular y moderno. Lo que hemos hecho las mujeres, ¿por qué no habrían de realizarlo los hombres, aunque en otra forma? Pero para que esta tentativa resulte seria y pueda alcanzar éxito, se necesita un trabajo previo intenso, inmenso de agitación electoral en todo el país. Tal trabajo, naturalmente, debe ser realizado y dirigido por los hombres. Las mujeres nada podemos hacer en ello.

—También yo convengo en que no podemos ponernos á la cabeza del movimiento electoral.

—Sería una empresa inútil.

—Pero la historia nos enseña que la acción de la mujer en todos los asuntos políticos y sociales no es despreciable. En los países anglo-sajones, usted sabe mejor que yo cuánta parte toman las mujeres en la agitación electoral, aunque allí también están excluidas del sufragio.

—¿Pretenderías que imitásemos á las inglesas dando reuniones en favor de nuestros candidatos? Sería inútil. A distintos países, distinta sangre y distintas costumbres.

—Sin embargo, se puede agitar con la prensa, con discursos.

—Nuestros periódicos no los leen los hombres y nuestras predicaciones las acogen con burlas.

—¿Pero no ha dicho usted hace un momento que habría necesidad de dar un paso atrevido? Pues bien, explíqueme usted su pensamiento, porque no lo adivino.

—Está bien, vamos al punto: Hace un momento te decía que si no se constituye en Italia un gran partido nacional, con carácter democrático y social, á semejanza de lo que hemos hecho nosotras por las mujeres, en las próximas elecciones generales yo preveo un desastre, que arrojará á Italia en el abismo en que yace ha tiempo la Francia jacobina y decadente. Como hoy están las cosas, no hay que esperar que los hombres comprendan su deber. Los que tienen voz en el Parlamento son impopulares é incapaces de realizar una acción general radicalmente nueva. Y no obstante, no sólo el primer impulso, sino toda la agitación electoral propiamente dicha debe venir de ellos; de otro modo, en lugar de una gran campaña política, tendremos una inmensa mascarada.

—Hasta ahora estamos de acuerdo; pero, ¿y después?

—¿Después? Si hubiese un grupo de hombres nuevos y valerosos, superiores en todos conceptos, y si ellos lan-

zasen un llamamiento al país, anunciando la formación del nuevo partido nacional con un diluvio de manifiestos, como hicimos nosotras, primero contra el divorcio y luego por la *Alianza nacional*...

—Es una idea que vale más que el oro.

—Si, no teniendo ellos las fuerzas necesarias para dar el asalto á todo el país con los medios de la moderna publicidad, nos encargáramos nosotras de tal tarea, pero dejándoles á ellos aparecer ante el público...

—¡Perfectamente! Sembremos nosotras el trigo y que ellos lo recojan.

—Sí, nosotras movilizaremos todo nuestro ejército, no para arrojarle en la agitación electoral que pertenece á los hombres, sino para darles el apoyo moral de que son capaces dos millones de mujeres...

—Obtendríamos la victoria—exclamó Ida entusiasmada.

La Condesa la miró con ojos vivos y penetrantes, diciéndole con tono serio y solemne:

—Basta por hoy. Reflexiona bien en las grandes dificultades de la empresa y mañana me darás la respuesta.

Esta era la fórmula que usaba la Condesa cuando quería conocer la opinión de su secretaria, acerca de los asuntos graves. Y para dejarle entrever que estimaba en mucho su opinión, no quiso decirle que ya había hablado de este asunto con su antiguo preceptor, y que éste no sólo le había animado á seguir su proyecto, sino que él mismo se comprometiera á constituir el primer núcleo del nuevo partido, diciéndola:

— Si usted no da este paso decisivo, que es la consecuencia legítima y necesaria de su precedente acción pública, sepa que se ha frustrado el último objeto de su misión; así como el labrador que no coge el fruto más precioso de sus sudores, cuando lo ha dejado madurar demasiado.

Un día después Ida tuvo con la Condesa una larga conferen-

cia, en la cual se acordó que la *Alianza* se lanzaría atrevidamente en la nueva empresa...

**

Aquí acaba nuestra historia.

Si otro quiere continuarla, deberá narrar cómo salió victorioso de las urnas el nuevo partido nacional, y cómo la *mujer antigua* no sólo triunfó de la *mujer nueva*, sino que fué la verdadera salvadora de la patria.



ÍNDICE

	Páginas.
I.—El colega con faldas.....	5
II.—La heroína del feminismo.....	10
III.—Conflicto y ruptura.....	20
IV.—Sobre el campo de la gloria.....	31
V.—El primer contratiempo.....	35
VI.—Arenga é intermedio....	43
VII.—Ataque fallido.....	52
VIII.—Epílogo y farsa.....	60
IX.—Tempestad salvadora.....	67
X.—Abordar á buen puerto.....	74
XI.—Maternidad social.....	79
XII.—Alianza femenina.....	88
XIII.—Cuerpo á cuerpo.....	93
XIV.—La presa recobrada.....	101
XV.—La bodega del diablo.....	107
XVI.—Mina y contramina.....	116
XVII.—Tiranía jacobina.....	122
XVIII.—Recobro nacional.....	127
XIX.—Una nueva conjura.....	135
XX.—Una jornada triunfal.....	142
XXI.—El lazo al cuello.....	148
XXII.—A pie firme.....	153
XXIII.—La primera víctima.....	158
XXIV.—Entre el yunque y el martillo.....	167
XXV.—Pactos claros, amigos caros.....	174